

EL PARAISO PERDIDO (NUEVA HISTORIA Y UTOPIA EN COSTA RICA)

*Rodrigo Quesada Monge**

"El hombre, en su miserable confusión, levanta con la mente complicadas arquitecturas y cree que aplicándolas con rigor conseguirá poner orden al tumultuoso y caótico latido de su sangre"

Alvaro Mutis

Cuestiones de principio

Siempre he creído que en los asuntos académicos la política moral debe ser armoniosa con la moral política. Más todavía en una región tan problematizada como lo es América Central, puesto que en este tipo de situaciones, el intelectual se ve apremiado a precisar su inserción en el universo socio-político que le tocó en suerte.

El apremio es mayor cuando el colapso del socialismo real nos llena de preguntas que no podemos responder; o sólo alcanzamos a hacerlo a medias.

Dichas preguntas no son privativas de los que creyeron en el socialismo soviético, sino de todos aquéllos, también, que alguna vez pusieron su confianza y sus esfuerzos al ser-

* Historiador costarricense. Catedrático de la Universidad Nacional. Estudios doctorales en la Universidad de Londres, Inglaterra. Profesor e Investigador invitado de las Universidades Libre de Berlín (oeste) y de Wisconsin (USA).

vicio de una verdadera democracia socialista, como proyecto utópico posible para nuestros pueblos.

Frente a este problema, los historiadores centroamericanos estamos en la obligación de ubicarnos; pues nadie mejor que el historiador para (desde su comprensión del pasado) ayudarnos a entender el presente y transformar el futuro.

Sin embargo, este principio metodológico propuesto por Pierre Vilar,¹ para algunos de nosotros, se agota, valga decirlo, en el estudio de la historia para fines eminentemente terapéuticos.² El estudio del pasado por el pasado mismo hace, a veces, que nuestro presente sea sometido a una lectura invertida de aquél. Lo que es muy arriesgado pues, podemos estarnos afanando por encontrar en el pasado, la legitimación de nuestras supersticiones del presente.

Es obvio que, cuando eso hacemos, la armonía entre política moral y moral política se fractura. Podemos entonces jugar a los intelectuales "progre" cuando se trata del pasado; y apelar a la impunidad cuando se trata del presente.

Ninguna disciplina se presta mejor al juego mencionado, de buscar en el pasado los contenidos para llenar la vaciedad de nuestro presente, que la Historia; ya que ésta, como dice Octavio Paz, se mueve en la frontera entre Ciencia y Poesía.³

En Costa Rica, por ejemplo, la Historia no ha sido una excusa para que muchos de nosotros (historiadores) hiciéramos poesía. El problema estriba en que ésta es una vía para insertarse en el Universo; una vía que hace posible la belleza renovándose constantemente.

Pero, en Costa Rica, otra vez, algunos historiadores hemos olvidado aquello último y nos hemos atascado en un cientificismo que mutila lo más humano y trascendente del quehacer del historiador: ser capaces de practicar la poesía; esto es, ser capaces de soñar.

Por eso rumiamos hasta el hastío el localismo de nuestra historia, creyendo, sin ninguna humildad intelectual, que en Costa Rica se escribe y hace la mejor historiografía centroamericana.

A este nivel, nuestro esquema de referencia no es América Central. En lo que atañe a temas historiográficos de fondo, Costa Rica es excepcional, dicen algunos ideólogos.

De aquí que nos resulte tan fácil premiarnos unos a otros, sin consideración de lo que se está haciendo en el resto

del mundo, a no ser para asemejarnos al erudito de lecturas fragmentadas o pasar, con frecuencia, por simples plagiarios.

La necesidad de proteger el predio, que se compone de todo tipo de regalías económicas, ha llevado a mucho intelectual costarricense (el historiador incluido) a manipular la tónica que le tocan las agencias internacionales, con la aspiración espuria de conservar intacta nuestra dignidad académica.

Ello implica, entre otras cosas, la invención de excusas que legitimen, no sólo aquella dignidad, sino también mi quehacer político en el foro internacional o en el aula universitaria, donde la mordacidad respecto a lo que se hace en el resto de Centroamérica, al menos, predica abiertamente en contra de mi autocomplacencia como costarricense.

El historiador es un intelectual y con esa cualidad es, al mismo tiempo, un crítico lúcido y veraz del presente de su sociedad. Sin embargo, en Costa Rica, esto es cierto siempre que nos quedemos dentro de la lectura que los grupos dominantes quieren que hagamos de tal sociedad.

Aquí, lo desilusionante reside en que, ni aún los "nuevos historiadores" hemos sido capaces de ver más allá del límite que se nos establece siguiendo el principio de las carreras de galgos: dar vueltas en círculo hasta el agotamiento, detrás de una liebre de latón que ni aún la barriga nos puede llenar.

Con nuestra arrogancia supina, en Costa Rica, los historiadores hemos empezado a fortalecer nuestro narcisismo académico hablando de "escuelas" historiográficas, de vieja y nueva historia, y de otros proyectos que, más tienen de aspiraciones personales por la Eternidad, que de verdaderas propuestas sociales al servicio del pueblo costarricense. Ni pensar siquiera al servicio de los problemas de los pueblos centroamericanos.

En las páginas que siguen, he querido hacerme, en voz alta, algunas preguntas sobre la historiografía costarricense después de 1970. Mientras la guerra de guerrillas experimenta una escalada importante en países como El Salvador, Nicaragua y Guatemala, en Costa Rica, los académicos se dan el lujo de viajar a Europa y los Estados Unidos para realizar estudios de posgrado. Mucho intelectual centroamericano bajo amenaza de muerte se exilió en nuestro país y contribuyó al desarrollo académico de Costa Rica. Hay que recordar a hombres como Mario Flores Macal y David Luna Desola, quienes desde El Salvador nos enseñaron a ver cosas que los costarricenses, por considerar que no somos centroamericanos, nunca habíamos visto.

El presentismo patológico del costarricense, su pobrísima capacidad de sentir la historia, nos impide a veces dar las gracias a quién debemos y cuándo debemos.⁴

Redimensionar el mito de la "Democracia Rural"

Los intelectuales social-demócratas de los años cuarenta nos heredaron un mito, el cual ha gravitado sobre la historiografía costarricense hasta hoy. Por aquella época, una fracción de la burguesía empieza a disputarle a los cafetaleros su hegemonía y la constelación de privilegios que habían disfrutado desde 1840. La guerra civil de 1948 fue la única solución para un conflicto interclasista que ya hacía sus primeros tanteos en 1889, cuando nuevos sectores sociales, letrados y mejor educados, se lanzaron a las calles para exigir una mayor participación en la escogencia de sus gobernantes. Le había llegado su momento al "liberalismo autoritario".⁵

Ese fue el liberalismo de los varones del café. Seguros de haber traído el progreso y la civilización a Costa Rica, abrieron paso a una institucionalidad en la que los contratos bananeros no contradecían aparentemente su dominio.

Aquél, estaba sustentado sobre el criterio del dictador ilustrado (Tomás Guardia Gutiérrez -1870/1882) quien llegó a convertirse en vocero de todo un grupo (lo mismo que sus sucesores Próspero Fernández -1882/1885 y Bernardo Soto -1886/1889).

La ideología de que el café era idéntico al progreso y éste sinónimo de civilización capitalista, hizo a los historiadores liberales costarricenses como León Fernández (1840-1887) y su hijo, Ricardo Fernández Guardia (1867-1950), rescatar a la Costa Rica pre-cafetalera (la más pobre de las provincias coloniales de la Capitanía General de Guatemala, decían) para precisar el contraste (sin hacerlo explícito) que el café había provocado.

La labor de ambos fue notable, incluso sus vidas política y privada, pues estaban ciertos de que Costa Rica había progresado (con el café) en el camino hacia una modernización irreversible. Románticos y aventureros, fueron historiadores capaces de entregar la vida sirviendo una determinada causa política, como fue el caso de León Fernández.

Hoy parece que hasta ese romanticismo se ha perdido, pues los historiadores estamos obsesionados por crear escuelas y "nuevas historias", tanto así que nos olvidamos de

que en realidad lo que seguimos teniendo son individuos aislados que escriben historia, sin esa vena romántica que tuvieron los liberales. Por eso aquí hablaré de "nuevos historiadores", más que de nueva historia.

En Costa Rica, ésta se compone más por un conjunto de novedosos métodos y técnicas que de nuevos problemas. Y cada historiador los resuelve a su manera. Ello ha imposibilitado una ruptura epistemológica con la historiografía liberal, la cual le heredó sus problemas a los social demócratas de los años cuarenta de este siglo.

En intelectuales como Carlos Monge Alfaro (1909-1979), Rodrigo Facio Brenes (1917-1961) y Carlos Meléndez (1926-) la historiografía social-demócrata encontró una nueva estrategia hermenéutica para tratar los viejos problemas que heredaría la historiografía liberal.

Se iban a poner los ojos otra vez en la Costa Rica pre-cafetalera; pero, ahora, para acusar a los varones del café de habernos arrebatado el sueño de una Arcadia costarricense en la que todos éramos iguales, vivíamos aislados y no teníamos conflictos unos con otros por asuntos de poder o materiales. Era esa una Costa Rica en la que la vida era tan bucólica y transparente que Monge Alfaro hablaba de una "democracia rural".⁶

Tal noción mítica ha sido vigorosa y pujante al grado de que, los nuevos historiadores de hoy no hemos tenido la competencia para desprendernos de ella.

Un mito historiográfico de fuerza semejante, no hemos sido capaces de crear porque, simple y sencillamente el énfasis academicista y el preciosismo técnico de nuestras investigaciones, ha hecho a un lado el contribuir en el diseño de un proyecto político que articule "orgánicamente" al intelectual, con aquellos sectores sociales que dice servir.

La articulación orgánica tampoco se ha operado porque hemos estado escribiendo historia elitista. Es decir, una historia para los menos y no para los más. Si ésta fue siempre la aspiración así debió haberse explicitado. Pero no se hizo porque era urgente obtener un auditorio, aunque el costo fuera revitalizar al mito de la "democracia rural" por un lado; y, por otro, separar praxis política de práctica historiográfica.

El mito de la "democracia rural", que fuera creado por los historiadores social demócratas para cumplir el propósito de ofrecer una interpretación anti-oligárquica de la historia de Costa Rica, apenas fue rozado por sus críticos de hoy, quienes, para decir las cosas con claridad, nunca tuvieron el

más mínimo interés por demolerlo. "La mítica aspiración igualitaria requeriría un nuevo aliento" nos dice uno de los "nuevos historiadores" costarricenses de hoy.⁷

Gran pecado fue el de aquellos historiadores, no haber sido más cuidadosos con el aparato empírico utilizado pues, ello, los llevó a errores de interpretación e insuficiencias técnicas que hoy, otra vez, los "nuevos historiadores" quieren subsanar muy generosamente.⁸

La crítica ha sido heurística y hermenéutica, pero jamás epistemológica. Con la mira puesta en el primer aspecto, los "nuevos historiadores" no tienen interés en proponernos una nueva utopía, pues resulta más fácil fortalecer la añeja noción de "democracia rural" que replantear todo el universo ideológico que la misma supone.

Aquí la caída del socialismo real es una buena excusa en la medida en que, la ausencia de proyecto político es política en sí misma. Los "nuevos historiadores" quieren ofrecernos un proyecto académico totalmente aséptico, que deje intactas las implicaciones políticas de construir el hecho histórico desde un definitivo aislamiento, por ejemplo, respecto a lo que ha sucedido en el pasado más reciente de América Central. ¿Se puede hacer eso? Sí, y se hace.

La trampa del capitalismo temprano

Es demasiado tajante la tesis de que hacia 1849 la sociedad costarricense está regida por la lógica de la acumulación capitalista. Surge entonces la pregunta de cuándo quedó plenamente constituido el capitalismo en Costa Rica, cuya respuesta precisa aún no estamos en capacidad de proponer.⁹

Esta cuestión sigue pendiente porque, si la historiografía liberal de finales del siglo pasado nos enseñó a identificar progreso con civilización capitalista, la historiografía social demócrata de ayer (y la de hoy) nos quieren seguir diciendo que café y capitalismo son lo mismo. Ni aún esfuerzos notables recientes han podido saldar un asunto que, creo, es más político que académico.¹⁰

En efecto, el problema de cuándo podemos empezar a hablar de capitalismo en Costa Rica, nos lleva a tocar de cerca otros aspectos que la historiografía reciente más bien ha fortalecido. Es cierto, las viejas creencias de que la Costa Rica pre-cafetalera estaba aislada, de que el igualitarismo y la ausencia de conflictividad estaban presentes, son temas del

pasado. Pero, otros, siguen teniendo un enorme poder de conjuro, tal es el caso de la excepcionalidad del desarrollo histórico costarricense, el cual, nada tiene que ver con lo que está sucediendo en el resto de América Central.

Identificar café con capitalismo sirve al propósito de los social-demócratas para sustentar la tesis de que la precocidad capitalista de Costa Rica la puso a la vanguardia del progreso en Centroamérica. Si ubicamos al capitalismo costarricense después de 1870, habría que explicar las semejanzas en lugar de las diferencias, que nos relacionan con los otros pueblos de la región.

La noción de "capitalismo temprano" en Costa Rica es mítica, pues busca explicar, justificar y defender ideológicamente la excepcionalidad del proceso histórico que conduce al capitalismo en este país.¹¹

La civilización del café le pertenece al Valle Central y si se quiere, podremos hablar de "capitalismo intermontano". Pero es abusivo hablar de transición capitalista hacia 1820, cuando los riesgos ideológicos son evidentes.¹² Aparte de que el concepto transición es postizo y busca explicar lo incomprensible.

La investigación reciente en Costa Rica, me dice que la dinámica económica está en manos de individuos, cuyas prácticas clásicamente mercantilistas, entre 1750 y aproximadamente 1870-1880, no los hace diferentes a sus congéneres centroamericanos. Las visitas clandestinas o no de barcos ingleses desde 1808; y la participación activa de los costarricenses en las ferias de El Salvador y Guatemala,¹³ no hacen a Costa Rica el caso excepcionalísimo que se nos quiere vender.

Si es el sector exportador el que se está expandiendo desde 1750 (y desde el Valle Central de Costa Rica), la "revolución comercial" que produce el café hacia 1840, impacta a ese sector exportador pero apenas afecta al resto de la sociedad costarricense, la cual, a la altura de 1880, todavía se pregunta sobre los beneficios ciertos y muy lejanos del progreso capitalista, expresados en el humo y los rieles del ferrocarril al Atlántico. Las crisis que siguen a la de 1849, ¿son crisis del sector exportador, del "capitalismo intermontano", o de la totalidad de la sociedad costarricense, que esperaba integrarse con el ferrocarril aquél mencionado arriba?"

Una cosa es cierta, esta última, como diría Marx,¹⁴ siempre experimentará tardíamente los efectos de crisis que afectan primero a los grandes, quienes controlan el capital-mercancías, al menos en el caso de Costa Rica.

En consecuencia, el problema es más amplio de lo que creíamos. Porque sostener que Costa Rica ya está debidamente articulada al mercado mundial desde los años cuarenta del siglo pasado, nos puede conducir al error de tomar la parte por el todo.

Con la "revolución comercial" que opera el café, el sector exportador de la economía costarricense, logró el sueño que le venía obsesionando desde la segunda parte del siglo XVIII. Pero en el resto de la sociedad costarricense, el peso del legado colonial sigue gravitando indefectiblemente.

La "revolución comercial" que produce el café, aceleró la inserción real al mercado mundial del sector exportador costarricense; pero, y ésto hay que decirlo, tal proceso es el resultado de una inserción inducida por el capital imperialista norteamericano, que se encuentra formulada en blanco y negro desde la Doctrina Monroe (1826) y el Tratado Clayton-Bulwer de 1850. ¿O será que Costa Rica nada tiene que ver con tales formulaciones imperialistas?

Para algunos intelectuales muy ilustrados, la palabra "imperialismo" pareciera herirles el corazoncito porque, según ellos, es poco académica. Hoy día más, porque de acuerdo con ellos, al morir el socialismo real, murió también el imperialismo. Tales ingenuidades no son tan ingenuas, diría Sancho Panza. Menos si recordamos que don José María Castro Madriz, el mismo año de su declaración de la República (1848), le solicitaba al gobierno de su Majestad Británica el protectorado colonial para Costa Rica.

Si en algo fuimos precoces los costarricenses fue con nuestro pro-imperialismo. Porque los ingleses y los alemanes irían a tener serios problemas en países como El Salvador y Guatemala para involucrarse en el proceso de la producción cafetalera. La oposición indígena (que los costarricenses por desgracia no tuvimos) fue de tal magnitud que, la única respuesta de los sectores sociales dominantes para llevar el progreso de la civilización imperialista a sus países, fue la represión brutal y genocida.

Para el capital financiero inglés, la tarea imperialista en Costa Rica fue fácil. El grupo social que desde 1750 (para citar a Weber) venía desarrollando una vigorosa "mentalidad empresaria", con la "revolución comercial" del café se consolida; y en ese sentido los ingleses tenían claro que sus márgenes de competitividad eran mínimos. Por eso

en Costa Rica fracasan cuando tratan de involucrarse en el proceso de la producción cafetalera; y por eso deciden concentrarse en financiar la infraestructura de la circulación. Los alemanes tuvieron más éxito, en Guatemala por ejemplo. Además, la estructura clásica de la empresa inglesa no podía medir sus fuerzas con una empresa de nuevo tipo (la norteamericana o la alemana) que ya operaba con criterios multinacionales.

Así las cosas, uno debe decir que tan imperialistas eran los designios del capital inglés, como aquellos del capital norteamericano. Lo que sucede es que, para algunos historiadores costarricenses esto no es así ya que, la inserción formal de Costa Rica al mercado mundial, posibilitada por los ingleses, encuentra un proceso de proletarización y de "enclousers" (o cercado de campos), en curso antes del arribo de aquellos y no, precisamente, agilizado por ellos.

Podremos hacer los malabarismos estadísticos y teóricos más sofisticados que se nos ocurran para identificar jornaleros con proletarios pero, en Costa Rica, la relación fundamental entre trabajo asalariado y capital (aquella que define al sistema capitalista como globalidad) empieza a registrarse apenas hasta los años de 1870-1880.¹⁵

Porque a los historiadores costarricenses nos ha costado tanto entender que la inserción imperialista al mercado mundial es al mismo tiempo la del capitalismo en Costa Rica; y que ello supone estudiar la génesis del capitalismo costarricense desde una perspectiva al menos centroamericana, nos ha resultado difícil desprendernos del mito viscoso de la excepcionalidad del caso nuestro.

Ese prurito de la especificidad, ha hecho que los historiadores costarricenses estemos reproduciendo (¿sin quererlo?) el mito de un capitalismo temprano que trajo la civilización y el progreso a Costa Rica, antes que al resto de América Central; y que, con ello, al mismo tiempo, estemos nutriendo las viejas creencias y supercherías de las historiografías liberal y social-demócrata.

Democracia y totalitarismo

En Costa Rica, desde 1889, se nos ha enseñado a "consensualizarlo" todo, hasta la miseria y la opresión. La "democracia totalitaria" del voto y la consulta electoral, es también,

la democracia que algunos intelectuales costarricenses quieren venderle a los centroamericanos.

Esa democracia que deslegitima el cambio, y cuya piedra de toque es la inercia y la complicidad silenciosa sobre las profundas inconsecuencias de su institucionalidad, es lo que el mito del "capitalismo temprano" quiere justificarnos, hablándonos de cuán excepcionales y diferentes somos al resto de los pueblos centroamericanos.

Porque, se nos dice también, el estado costarricense madrugó con la revolución cafetalera. El Dictador Braulio Carrillo (1838-1842) le entregó el país a los cafetaleros. Tomás Guardia Gutiérrez, otro dictador (1870-1882), se lo pasó a su vez a los bananeros. La guerra anti-colonialista que se libra contra los filibusteros gringos (1855-1860) no fortaleció la unidad centroamericana, pero sí lo hizo con la noción de nacionalidad que tanto deseaban los cafetaleros costarricenses ampliar y consolidar para su propio beneficio. Pero el pueblo puso los muertos; igual que lo hicieron los nicaragüenses.

Las "guerras del banano", como las llama un historiador norteamericano,¹⁶ fueron posibilitadas por un capitalismo agrario que jamás saltó de su etapa anti-colonialista a la exigida etapa anti-imperialista. En Costa Rica, esto fue sintomático porque no debemos olvidar que un puente histórico liga a Carrillo con Guardia: su vocación "redentorista".

En consecuencia, si vamos a partir del dato que nos indica que Costa Rica no sólo es un tardío beneficiario de la Revolución Industrial, sino también de las Reformas Borbónicas, uno puede concluir que entre la "civilización del café" y la "civilización del banano" no hay diferencias orgánicas sustanciales. Hablar de "capitalismo temprano" significa justificar a Carrillo,¹⁷ lo que implica, a su vez, condenar a Guardia, cuando el proyecto es prácticamente el mismo: progreso material y capitalismo son dinámicamente idénticos.

Entre las nociones de Democracia que manejan Braulio Carrillo, Tomás Guardia, Federico Tinoco (otro dictador) (1917-1919) y José Figueres (1906-1991) no hay diferencias orgánicas importantes: todos ellos fueron o se sintieron "dictadores ilustrados" que sacarían al pueblo costarricense de su marasmo de atraso e ignorancia. Y, siempre orgánicamente (es decir, en la praxis política) ninguno de ellos fue, ni mejor ni peor, que sus colegas centroamericanos en los mismos momentos históricos.

Cuando los constituyentes de 1949, después de la Guerra Civil de 1948, se inspiran en la Constitución (de

Guardia) de 1871, para redactar su proyecto, esto debe tomarse como un tributo a la comunidad de intereses de un grupo social que, si algo tiene de admirable, es su lucidez y la claridad respecto a lo que quiere para Costa Rica: más capitalismo genera progreso y democracia. Y si ello supone incluso engullirse a sus críticos (como Joaquín García Monge, Vicente Sáenz o Carlos Luis Fallas), lo hará también en nombre del "consenso" y el "bienestar" para todos.

Los "nuevos historiadores" entonces, cuando hablamos de "capitalismo temprano" en Costa Rica no nos percatamos de que estamos escribiéndole la historia a la clase dominante. Por eso nos premia. Eso quisieron hacer con algunos de los autores atrás mencionados, sólo que varios de ellos rechazaron esos premios o se fueron del país.

Cuando otros rescatan la memoria popular,¹⁸ lo hacen porque dichosamente todavía tienen la conciencia de que civilización y capitalismo no son lo mismo. Nadie más anti-capitalista que el artesano-obrero costarricense de los años ochenta del siglo pasado. En eso no está solo, pues por la misma época sus hermanos centroamericanos sienten y piensan igual. Más reprimidos es cierto, pero precisamente por eso, los nicaragüenses hicieron una revolución que los costarricenses, discípulos del entreguismo ancestral de nuestra clase dominante, quisieron sabotear en sus momentos iniciales.

Historia y proyecto social

Los buenos románticos y aventureros, al estilo de Carlos Monge Alfaro, Rodrigo Facio y Paulino González Villalobos^{**}, es difícil encontrarlos hoy entre los historiadores costarricenses. Menos fácil es encontrar aquellos con suficiente imaginación para inventar mitos, como el de la "democracia rural".

Seamos claros: bien se puede objetar al mito en cuestión; se puede discutir la práctica con que sus creadores quisieron instrumentalizarlo; pero si hay algo digno de encomio es que tuvieron fe y visión no sólo para traerlo al mundo, sino incluso para llegar a las conciencias de los hombres de la calle.

Esa iluminación poética, como decía Octavio Paz, son pocos los historiadores de hoy en Costa Rica que la poseen y la llevan a regir sus vidas cotidianas. La impronta de tareas políticas y sociales por realizar, parece no ser la preocupación del historiador costarricense actual.

El "cinismo civil", que permea a la sociedad costarricense, casi en todos sus estratos, no ha dejado impunes a los historiadores, quienes, han buscado refugio en la revitalización de un mito que aspira a dejar a nuestra sociedad tal y como está.

El "igualitarismo" no es indicio, cuando se lo formula como aspiración, de que se esté proponiendo un proyecto social alternativo al que liberales y social-demócratas nos han sugerido por años.

La sugerencia implícita de que en Costa Rica todo está bien (de que el costarricense está "domesticado" como decía Don José Figueres), parece haber calado incluso el proyecto socio-político que algunos historiadores han venido desarrollando. Eso, si aceptamos que creen en algún proyecto de esa naturaleza.

El mito de la "democracia rural" cumplió un propósito en su momento. Y lo cumplió bien, pues, le dio al costarricense medio, la idea de su excepcionalidad con relación a su hermano centroamericano. Los historiadores no han desmentido esta creencia, la han fortalecido considerablemente. Nuestra historiografía es cada vez más localista y aldeana. El enfoque regional de los problemas que compartimos con los otros pueblos de América Central, se ha tornado en un tema tabú, y cuando se intenta remontar al mismo, se vuelve a enfatizar la asepsia de la historia costarricense.

Hoy, cuando el socialismo real hizo colapso, cuando la corrupción y la diferenciación social son cada vez más pronunciadas en Costa Rica, desempolvar la visión idílica de la "democracia rural" sólo puede vehiculizar un argumento profundamente ideológico y conservador: la Suiza centroamericana sigue intacta.

Un nuevo proyecto socio-político jamás podrá articularse si los historiadores centroamericanos (no sólo los costarricenses), insistimos en seguir creyendo que la historia es tarea única de gabinete.

La denuncia política, la crítica beligerante y comprometida, la labor de agitación de cerebros y corazones, no son tareas privilegio del guerrillero o del político profesional; son también tareas que le pertenecen al historiador y no son excluyentes de su seriedad académica o científica.

Si Venezuela, Perú, El Salvador y Cuba se agitan, el historiador centroamericano tiene la responsabilidad moral de enseñarnos, de explicarnos y comprometernos con él para dar respuesta al por qué de tal agitación. Otra vez, si el histo-

riador costarricense vive obsesionado terapiándose con su parcela de investigación, obviamente tendrá muy poco que decir. Y su silencio será una toma de posición.

Quiero creer, finalmente, que los historiadores costarricenses seremos capaces de romper la línea de continuidad que existe entre la historiografía liberal y la nueva historia social-demócrata. El esfuerzo de imaginación epistemológica bien vale la pena. De lo contrario sólo habremos pasado de la moral clandestina a la clandestinidad moral, saldo político de la crisis de la izquierda marxista en América Central, jalonado de culpas y remordimientos. Porque para nuestros pueblos la catarsis se realiza en la calle, la taberna y la alcaoba. ¿Qué ofrece el Historiador?

Notas

1. Vilar, Pierre. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. (Barcelona: Grijalbo. 1990). Pp. 17-47.
2. Boorstin, Daniel J. *Los descubridores* (Barcelona: Grijalbo, 1988) pp. 587-598.
3. "El historiador describe como el hombre de ciencia y tiene visiones como el poeta". *El Ogro Filantrópico* (Barcelona: Seix Barral. 1990), p. 21.
4. Algunos comentarios inteligentes y muy sentidos son los de Ferrero, Luis. *Sociedad y arte en la Costa Rica del Siglo 19*. (San José: EUNED, 1986).
5. Salazar Mora, Orlando. *El apogeo de la República Liberal en Costa Rica, 1870-1914*. (San José: EUCR. 1990), Pp. 44-59.
6. Monge Alfaro, Carlos. *Historia de Costa Rica..* (San José: Trejos Hnos. 1982) Pp. 169-170.
7. Acuña Ortega, Víctor Hugo y Molina Jiménez, Iván. *Historia económica y social de Costa Rica. (1750-1950)*. (San José: Porvenir Eds. 1991) P. 207.
8. "El limitado acervo empírico de las versiones liberal y socialdemócrata tampoco conoció un riguroso tratamiento metodológico. Por el contrario, los escritores adoptaron una actitud bastante pasiva con respecto a la información, sin cuestionar su representatividad ni su coherencia interna". *Idem*. Op. cit. p. 31.
9. *Idem*, Op. cit., p. 149.
10. Véase el bello Libro de Iván Molina Jiménez, *Costa Rica (18900-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo*. (San José: EUCR. 1991). Escrito con la ingenua arrogancia de quien cree que tiene respuestas omnicomprendivas y todo poderosas, llueve sobre

mojado cuando se trata del problema de qué vamos a entender por capitalismo en Costa Rica.

11. No tiene caso hacer acá un listado de los textos en que constantemente se hace referencia a la "excepcionalidad" del ejemplo costarricense. Baste mencionar dos en los que tal argumento es sistemático: Hall, Carolyn. *El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica*. (San José: EUNED. 1976). Pérez Brignoli, Héctor. *Breve historia de Centroamérica*. (Madrid: Alianza, 1985). Una visión más lúcida de este asunto se encuentra en Pastor, Rodolfo. *Historia de Centroamérica*. (México: El Colegio de México. 1988).
12. Acuña, Ortega y Molina Jiménez. Op. Cit., Caps. III y IV.
13. Fernández, José Antonio. *Colouring the world in blue The Indigo Boom and the Central American Market. 1750-1810*. (Texas, Austin: Ph. D. Theses. 1992) 2 vols.
14. Marx, Carlos. *El capital* (México: Fondo de Cultura Económica, 1971). Tomo III. Cap. XVIII. Pp. 297-298.
15. En los textos de Gudmundson, Lowell y Samper, Mario hay notables esfuerzos hechos para identificar al jornalero con el salariado. Véase del primero *Costa Rica antes del café: sociedad y economía antes del boom exportador* (San José: ECR. 1990); y del segundo *Generations of Settlers Rural Households and Markets on the Costa Rican Frontier, 1850-1935*. (Westview Press. Dellplain Latin American Studies No. 26. 1990).
16. Langley, Lester. *The Banana Wars* (The University Press of Kentucky, 1985).
17. Lo que hace Clotilde Obregón en su libro: *Carrillo: una época y un hombre. 1835-1842*. (San José: E.C.R. 1989).
- -Joaquín García Monge (1881-1958) uno de los costarricenses que más hizo por la cultura en América Latina, al frente, por casi cuarenta años de *Repertorio Americano*.
- Vicente Sáenz (1896-1963) uno de los primeros pensadores anti-imperialistas latinoamericanos. Nació en San José y murió en México. Publicó cerca de 22 libros.
- Carlos Luis Fallas (1909-1966) el novelista costarricense mejor conocido en el extranjero durante la primera parte de este siglo. Su novela *Mamita Yunai* ha sido traducida a 17 lenguas extranjeras.
18. De la Cruz Vladimir. *Las luchas sociales en Costa Rica. 1870-1930*. (San José: E.C.R., 1981); Oliva Medina, Mario. *Artisanos y obreros costarricenses. 1880-1914*. (San José: E.C.R. 1985); Acuña Ortega, Víctor Hugo. *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas*. (San José: CENAP-CEPAS. 1986).
- Uno de los hombres que más hizo por facilitar el surgimiento de eso que hoy algunos llaman "nueva historia". Su muerte dejó un gran vacío entre los que realmente creemos en una historiografía al servicio de los desheredados de Costa Rica.